

los negocios del Estado; y los funcionarios fácilmente quebrantan el resorte del honor en el manejo de esos mismos negocios. Se ha embotado la sensibilidad que permite la percepción de los valores humanos, de los altos valores espirituales, y se ha exaltado la sensibilidad que propende a la sensualidad, al disfrute de los groseros goces de la vida instintiva. Cunde la inercia, y la abulia se manifiesta en todas las actividades que requieren pensamiento y acción para madurar en frutos útiles y durables. Por lo tanto, se está pronto a aceptar el caudillaje de la audacia, aun cuando se la reconozca incompetente.

La virtud ha llegado a ser algo despreciable, por desusado, por su inadaptación al mundo presente. Ha cesado de ser la fuerza directriz del hombre y del Estado. La virtud, como sustancia de voluntad orientada al bien en la democracia que nos llevó a la guerra, es cosa risible, como una moda arcaica. De ella sólo se habla en las páginas de los moralistas o en las oraciones obituarías de los amigos.

La rehabilitación de la Edad Media, el derrotismo, el entreguismo son cosas europeas, como lo fueron las ciencias, las artes y los renacimiento.

Los políticos cada día se alejan más del ideal de los estadistas para convertirse en hombres de negocios a merced de los negocios de la república. Y así como bajo el antiguo régimen las bellas y graciosas cortesanas inspiraron la política de la expirante monarquía francesa, en el siglo veinte los más de los problemas económico-sociales y políticos se han resuelto en vista del personal provento que de esta o de la otra solución derivarán los funcionarios que presiden o intermedian las transacciones correspondientes. Las promesas de fortuna o las amenazas de ruina y represalias han sido formas usuales de alcanzar triunfos, no para la república, sino para las personas de los dirigentes.

Fueron esos los políticos que echaron mano de gentes de dudosa conducta para hacerles ocupar posiciones importantes, ya para facilitar sus propios negocios, ya para encubrir sus perversas transacciones, o para servirse de ellos como víctimas propiciatorias en caso de escándalo.

Todo lo cual no hizo otra cosa que macular las instituciones democráticas parlamentarias de reinos y de repúblicas.

Y se procuró exaltar el fanatismo patriótico y los nacionalismos, particularmente entre dos guerras, para disimular el oprobio de la venta.

Ha podido observarse, así mismo, que los políticos de esta decadencia se han empeñado en hacer prosperar las diversiones de toda laya, los deportes hasta la fanatización, perdiendo de vista el valor educativo fundamental del deporte, a veces transformándolo en juego de azar. De igual manera prestan su apoyo a las prácticas meramente eclesiásticas con el propósito de adormecer a las multitudes, en especial a aquellas que carecen del gusto de las diversiones y de los deportes, o que carecen del dinero indispensable para satisfacer aquellos gustos.

Han hecho uso de la propaganda para que se les presente como gobernantes de valía: esa es la cortesanía del periódico; porque los periodistas, cuando tienen talento e independencia, hacen y deshacen a los políticos. La prensa europea puesta en manos de un capitalismo al servicio de los partidos de derecha, de conservadores reaccionarios, pretendió amedrentar a las multitudes mostrándoles el peligro del comunismo, a fin de consolidar su obscuro predominio.

Mientras más nacionalistas se presentaban los partidos políticos mejor aseguraban sus inversiones en las empresas de países enemigos.

Un entrenamiento de siglos de intriga y de doblez hizo de la Liga de las Naciones un Versalles de Luis XV endonde bullían las confabulaciones para lograr mayorías contando con las pequeñas naciones sometidas a esferas de influencia económica y política o cultural.

Por largo tiempo ya ha estado Europa de rodillas ante los altares de un pasado, como si no sintiese en su seno vigor para nuevas y maravillosas empresas. Esa actitud de adoración la conduce a la reacción, o doctrinas y prácticas medioevales o del antiguo régimen: negación de la libertad humana, la dictadura semiteocrática, la decadencia del arte, de la filosofía y de las letras.

Es significativo que el género literario que ha florecido en Europa durante estos últimos decenios es la biografía.

La imaginación artística se ha venido esterilizando. El nivel general, la gracia del estilo se han conservado a cierta elevación; pero la renovación genial falta. Y allí donde la ingeniería se hace colosal, carece de inspiración la arquitectura. Ni la poesía ni la novela alcanzan la altura que ellas tuvieron hasta 1900. El diarismo, la

crónica, narraciones de viajes y reportajes abundan. El cine sustituye al verdadero teatro; hay buenos actores y mejores directores de escena; los dramaturgos faltan.

El escepticismo, el pesimismo, la sátira disolvente aparecen en los escritores de mayor nombradía. La crítica se desvanece en un impresionismo fugitivo, confidencial y frívolo. En las más de tales producciones escasea el pensamiento sólido y no hallan sitio las más elevadas pasiones humanas, ni las más delicadas emociones estéticas.

No se han vuelto a presentar los estadistas de la talla de Bismarck, ni siquiera del valor negativo de Gladstone.

Las ideas sociales son comprendidas por las masas con mayor claridad que por los intelectuales; si bien existen entre estos algunos con tendencias hacia la reforma social.

El Oriente que ha visto de cerca desencadenadas las bajas pasiones de Europa, la mira a la vez con recelo y con desdén.

Sólo América ha perpetuado su absurda reverencia por todo cuanto es europeo; porque recordamos que de allí nos vinieron las más importantes contribuciones de la civilización y de la cultura occidentales.

Confundimos el reconocimiento de nuestras deudas espirituales con la subyugación intelectual respecto de cuanto procede de Europa. Estudiemos la historia de Europa.

Contribuyamos a crear la historia de América.

La Europa del siglo xx no debe poseer en América otro altar que el de la gratitud. Estamos dispuestos a admirar cuanto pueda volver hacer de bello y de grande, no porque proceda de aquel continente, sino porque es grande y es bello.

Costa Rica, enero de 1943.

Tomás Soley Güell

(En el Rep. Amer.)

En su muerte

*Estirpe de bizarros luchadores
fué la suya; y en su alma generosa
hubo siempre el aroma de una rosa
perfumando sus íntimos dolores.*

*La vida fué para él lucha azarosa
en la cual conquistó penas y honores.
Prodigó tajos e irradió fulgores
la espada de su mente prodigiosa.*

*Auténtico Bayardo, fué en la liza
corajudo, y estoico, y reposado.
Fué la Perseverancia su divisa.*

*Y cuando se acercó la hora indecisa,
él, que fué ante la vida un brazo alzado,
tuvo para la muerte una sonrisa.*

JOSÉ MARÍA ZELEDÓN

Puntarenas (Costa Rica), 10, enero, 1943.

Canto a la Argentina

(En el Rep. Amer.)

Al excelentísimo señor Ministro, don Enrique Loudet, eminente hombre de letras y alto representante en Costa Rica de la exquisita espiritualidad de la Rep. Argentina.—El autor.

*La patria de Sarmiento. Sol y estrella!
Nuestra América canta y se ilumina!
Sálve esmeralda, que en los Andes, ella,
Sol, estrella, esmeralda: es la Argentina!*

*Hermosa es la misión cuanto más bella
si en su éxodo el hombre se encamina
a esa tierra feraz donde descuella
por su pujanza la Raza Indolatina.*

*Poderosa creación de Rivadavia
donde más ancho por el Sur se hincha
el vientre de este virgen Continente.*

*Es por sus grandes hombres fuerte y sabia,
tanto, que hasta la pampa que relincha
es también un cerebro inteligente.*

J. FRANCISCO VILLALOBOS ROJAS

Alajuela, (Costa Rica), enero de 1943.